

¿Dónde están los intelectuales cristianos? ¿Por qué no comparocen para *hablarle al mundo* y salir al paso del creciente desdén que, a todas luces, reserva a la religión? La especie saltó a la palestra hace unos meses. Se abrió camino: hizo diana. Ha traído cola... Y acaso debiéramos celebrarlo. Más allá de su enojoso oportunismo y de la espesura de la red de mensajes cruzados a que dio lugar, el gatuperio ha levantado liebres (amén de alguna ampolla); y abre una ventana supletoria hacia el gran tema de *los signos de los tiempos*.

Yendo a sus trazas, la porfía tiene detrás a una serie de centinelas sensibles al engorroso vacío que alegan que asfixia a sus atalayas, en un orbe cada vez más descocado en su mordiente díscola. Tan ávido aldabonazo brota en su boca en son de queja y provocación, con dosis indiscernibles de delación y autoafirmación. Bascula a su vez entre la invectiva, las excusas y la carrera de sus emisores por subir al estrado y ganarse unos instantes al micro. Apela a su postura al respecto, por su obvio factor bumerán. Y suscita ecos pródigos: unos conformes con el estímulo y otros más escamados.

Los hay melindrosos; y no falta quien *se pone de uñas* al darse por aludido y sentirse ninguneado por el desparpajo dudosamente *autocrítico* de un veredicto tan displicente.

El filósofo Diego Garrocho tiró la primera piedra; y abrió el polifónico *pelapollos*, con un cáustico artículo que quiere centrar el fallo y proclama que “...el pensamiento específicamente cristiano está del todo ausente en nuestro debate cultural”¹.

La tesis evita los paños calientes. Aspira a hinchar la querrela. Acaricia el bombazo: se sabe incendiaria. Y se hizo viral.

Su colega Miguel Ángel Quintana Paz se unió enseguida a la campaña con un nuevo *push* prospectivo. Lamenta asimismo “la clamorosa ausencia de los cristianos en el debate de las ideas”. Y afea con desgarró “el trabajo de las universidades, los centros de enseñanza y los medios de comunicación católicos”: piensa que “...pierden el tiempo en tareas que les apartan de su misión evangelizadora”². Alude a la plétora de cráneos amueblados, antenas de referencia, canales propagandistas y cauces formativos que tiene hoy la Iglesia en España; ve ahí recursos sobrados para difundir un ideario coherente con sus criterios o, al menos, “...para no depender de si ‘otros’ te otorgan o no la palabra.” A su juicio, “... se están dilapidando de un modo difícilmente perdonable. Y tal desperdicio se ha vuelto ya una inercia que pasa inadvertida hasta a los propios dilapidadores...” El aviso secunda su protesta por la falta de una *voz católica* que se precie en nuestra escena pública. En la ‘guerra por el relato’ que aloja concurrirían todas las sensibilidades posibles excepto la cristiana, oreando sus discrepancias con primor de entomólogo: como si esa ‘voz católica’ se retrajese de golpe cuando el foro la desautoriza³.

1. Cfr. GARROCHO SALCEDO, D.S., “¿Dónde están los cristianos?”, *El mundo/ Tribuna*, 19/11/2020.

2. Cfr. QUINTANA PAZ, M.A., “¿Dónde están (escondidos) los intelectuales cristianos?”, *The Objective*, 19/11/2020.

3. LOZANO, J., “Interesante debate en los medios entre intelectuales y periodistas (católicos y no): ¿están presentes los católicos en la guerra cultural

Nuestra osadía acusa el impacto y alienta un examen atento a sus implicaciones. Aquí, concretamente, su *parte I* mira al tamaño del reto. Y busca *las preguntas correctas*. Intuye que el *quid* es formularlas con precisión, con todas sus obligaciones.

Y hay que testar bien los datos. La religión se ve expulsada de nuestro arrogante ‘primer mundo’, que la juzga obsoleta: esa misma sociedad que modeló con mimo a través de los siglos la rechaza hasta con cajas destempladas. El balance *clama al cielo*: deviene sobrecogedor. Y la observancia devota está atónita: no sale de su asombro al verse de sopetón tan preterida y odiada. Lucra una tirria refractaria; con un alud de descalificaciones correlativas de una enrabiada psicología social que la somete a un rudo plan de *acoso y derribo*.

Aquella pesquisa sobre el paradero de los *intelectuales cristianos* remite a la menesterosa tesitura de la fe en tan corrosivo contexto. Y no se trata de llorar el *mutis* del desmañado coro de sus deudos: el caso es advertir su desamparo ante un enemigo apabullante, en una endiablada *asimetría* que prepara otra pregunta más ancha: ¿dónde está el discurso que la fe debiera esgrimir ante él? ¿*Tiene argumentos*? ¿Dispone aún de razones para seguir proponiéndose como algo útil, y aun necesario, a ese mundo que le da la espalda?

La situación creada, de la que ese interrogante es parte y un destacado síntoma, abona la aprensión que encierra la sucesiva comanda: ¿cabe que la religión carezca de explicaciones para rebatir a sus detractores y acallar sus quejas?

El microcosmos creyente no puede quedarse mudo y como *sin palabras*. Tal vez eso sea ‘no dar la talla’, ‘no estar a la altura’: reconocer la culpa que le endosan y espolear la acritud de ese ‘mundo’

que lo desdenea: validarla y *azuzarla*. Debe sin duda ‘hablarle’... Ha de entablar con él un *diálogo constructivo* abierto a un descargo proporcionado al seco desdén que le muestra.

Y hay más. El remate no puede ser más cruel por cuanto tal descargo está abocado a constituir ya de suyo una ‘buena nueva’: el *Evangelio*, la representación de un mensaje.

Se diría que al ámbito de la religión no le cabe obviar el envite. Su encrucijada es crítica. La fe no es un botín almacenable en bancos, museos o despensas: es un mensaje vivo que se sorprende tildado de odioso, con el bochornoso fiasco que esto depara a sus expectativas...

Pero el saldo de la ecuación podría no ser tan bravo, por más que le abruma: *hay salida*. Y valga anticipar el recuento: *estudiarla es salirle al paso*.

Nuestro análisis sirve a este enunciado. Mira a la dichosa cuestión del rol social de los *intelectuales cristianos*. Y cree atisbar luces ciertas en esa línea, en una vía cuya resolutividad prevé subrayar: busca *entender sus condiciones de posibilidad*, con un paso al frente que equivale a *ganar perspectiva*.

El desafío es silogístico; y no ha de asustarnos. La montaña con que tropieza es un *castillo de naipes*, aparatoso pero inconsistente. E intuimos que se traduce en *toda una serie de malentendidos encadenados, devastadores pero explicables*. Se trataría de detectarlos y hacernos cargo de sus efectos en nuestras vidas.

Eso sí, la tarea conlleva un inmediato énfasis: no vale *remolonear*. No caben despistes insignificantes y dilaciones inocuas. Hay demasiado en juego, incluida la felicidad de un número ingente de individuos y grupos. Y la inacción y el retraso moroso tendrían un coste en desgracias y vidas en sí incalculable.

Por lo demás, no es cuestión de que la fe ‘se defienda’. Lo suyo es ‘brillar’: iluminar a la gente y hacer habitable la tundra; luciéndose, de paso, como *apuesta irrestricta por la racionalidad*.

Hablar le exige argumentos: precisa razones que dar. Y esa ‘apuesta’ es sustantiva. Sólo ‘podrá defenderse’ si la asume. Y vaya si lo hace: en el orbe católico, no sólo se pliega a las exigencias de esa racionalidad sino que *Cree encarnarla*; dice representarla en plenitud. Hay que chequear la eficacia de un propósito tan expresivo; y ver cuánto *enmienda* las fintas marrulleras que le opone la *ley del mercado*, con su solapada entronización del *relativismo*.

La *parte II* de este ensayo ve ahí el eje de la pugna, más allá de los rebuscados descriptores a que el *status quaestionis* se acoge en el insigne reducto de la sociometría, la filosofía o la ‘historia cultural’. La clave es *reconocer esa lógica*; máxime en su vocinglero contraste con el extravagante ‘estándar de clemencia y ternura’ en que redunde, en el horizonte cristiano, la *ley del amor*.

Tan insólita ‘ley’ chocaría *a priori* con la *obsesión normativa* que el *dinamismo del mercado* atribuye a la religión. Allí donde prevalece, el *consumismo* maneja y difunde una careta de la fe definida a su servicio y adobada de agresivas caricaturizaciones. Su observación las deja en evidencia; y muestra cuánto la acogida fraterna adquiere su fuerza cuando se vuelve en sí ‘ley’, con una idea de tal que la asocia a nuestro *compromiso con nuestra dignidad común*.

Se impone un *restyling* reparador del concepto: tal sería la puerta tras la cual el *argumentario apologético* ‘se enchufa a la corriente que lo enciende’ y lo hace irradiar. Con él, por ejemplo, la observancia no es ya la *asunción ciega y sumisa* de unos contenidos tal vez sublimes pero ajenos, peregrinos y exóticos; aparecerá por fin como *adhesión natural, ordinaria y sensata*, a una cosmovisión armónica y seductora.

La *parte III* de nuestro índice ve cómo esto se aplica con nitidez a las trepidantes ansias de *libertad* en cuyo nombre nuestro mundo censura el afán prescriptivo de la religión. Las filtra y activa, a base

de sacudirse los grilletos de tantos esquematismos inducidos en paralelo *por el mercado*.

Ahora bien, tal rechazo apenas alivia la deriva de desmotivación que vive hoy nuestra sociología, con esa crepuscular conciencia de *fin de época* que nos invade, al compás de la ubicua invocación de la inminencia del *Gran Reinicio* por el que puján las fuerzas vivas del globo.

Ella nos brinda una oportunidad idónea para la ‘revisión’ de nuestra composición de lugar en el mundo, con la de este ante la Historia.

Nuestras últimas conmociones sociales urgen tanto o más tal *revisión* en atención a las opciones de futuro del planeta, que insinúan tan magras cuanto relativizadas por riesgos inéditos. No en vano asistimos con estupor al impávido resurgir de la guerra, sobre el fondo de un meteórico apogeo del *populismo* (objeto de alarmantes encarnaciones a derecha e izquierda); y sus programas impugnan sin ambages –con un *amateurismo* de cuya mentecatez nos creíamos ya a años luz– las bases de nuestra convivencia, incluida nuestra ‘innegociable’ *adhesión a la democracia*.

El excursus no elude la entidad del problema; lo trae a primer plano. Mira de frente al peligroso desafecto cateto que padece hoy nuestro tesoro más bruñido y lustroso: el del ‘Estado del bienestar’, con la suma de progresivas dosis de igualdad de oportunidades, paz y prosperidad. No ve otro modo de conjurar ese trance. E intuye la pertinencia de la pregunta acerca de las posibilidades de proyectar sobre sus pretensiones retóricas esa magnífica ‘ley del amor’ en nombre de la cual se preconiza hoy, desde la sede de Pedro y en términos que a veces nos cuesta entender, la insospechada ‘revolución de la Misericordia’...⁴.

4. Cfr. FRANCISCO, *El nombre de Dios es Misericordia. Entrevista con A. Torielli*, Planeta, Barcelona 2016.